

A las seis de la tarde llegaban nuestras guerrillas á Laureles, creyendo encontrar allí á los imperialistas; pero hacía media hora que éstos, sintiéndolas llegar, emprendieron una fuga precipitada en dirección de Zuzupuato, dejando en la hacienda cuatro reses destazadas para la tropa y dispuesta en el comedor la mesa para los jefes. Tanto los manjares de éstos, como la humilde troncha, no hicieron más que cambiar de bandera, sirviendo á pedir de boca á los republicanos.

Estos descansaron en Laureles todo el tiempo que la caballada tardó en consumir el pienso. Se emprendió en seguida la marcha, llegando á Zuzupuato en las altas horas de la noche y en medio de un aguacero torrencial. Los traidores habían pasado poco antes por allí y, sin detenerse, fueron á vencer la jornada hasta el pueblo de Santo Tomás. El miedo les había dado alas; el diluvio que cayó los había salvado!

Morales y sus compañeros pasaron el resto de la noche en Zuzupuato. Al día siguiente los exploradores avisaron que el enemigo había enterrado en Santo Tomás los cadáveres que llevaba y que inmediatamente después había continuado su marcha.

Al día siguiente (17), á las diez de la mañana, Romero y Morales llegaron á Santo Tomás (Estado de México), los vecinos se ocultaron y no se hallaron víveres ni para los jefes ni para la tropa. En aquel pueblo dominaba el cura, cuyas ideas eran exageradamente intervencionistas. Ese clérigo era el mismo que había enviado á Laureano Valdés el aviso de que se le tenía puesta una emboscada en el camino de Toluca. Los jefes creyeron necesario infligirle un castigo.

Iba al lado del Prefecto Morales un empleado superior de Hacienda de Michoacán, quien por aquellos días había ido á Zitácuaro á asuntos del servicio. Liberal, de ideas arraigadas, intransigente, altivo y, como entonces se decía, *discolo y patriota como un demonio*. Su honradez, su laboriosidad y su inteligencia eran apreciadas por todos, y el Gobierno, conociendo su valor, lo enviaba á comisiones de Hacienda, difíciles y peligrosas, en lugares ocupados por el enemigo. Vive aún este buen patriota. Se llama Ignacio Cerda; es bajo de cuerpo y entonces ostentaba una exuberante obesidad, y tanto

por esto, como por su carácter dulce y chancero con sus amigos, todos le decíamos *el curita*.

Hago mención de él, tanto porque lo merece su patriotismo, como porque va á ser un personaje importante en el episodio siguiente:

A la hora en que hubiera concluido el desayuno, si lo hubiesen hallado, los jefes deliberaron entre sí, y en seguida, volviéndose Romero hacia donde estaba Cerda,

—Oiga vd., curita, le dijo, el señor Prefecto Morales desea que vaya vd. á traernos al párraco de este pueblo.

—Como vdes. lo dispongan, que no hay peor cuña que la del propio palo.

—Eso es, dijo Morales, por razón de compañerismo va vd. á tratarlo con toda clase de consideraciones.

Ya iba á partir Cerda, cuando Romero agregó:

—Oiga, curita, llévase á Acevedo y á Pascual Rubio para que le sirvan de acólitos.

Así formada la comisión, se dirigió al curato. ¿Quién entre nosotros no sabe lo que es un cura de pueblo de indios? Irreligiosos en el fondo y fanáticos en la apariencia, ávidos de enriquecerse, glotones, intemperantes y sensuales, ninguno de esos curas vive sin mujeres, aunque hay excepciones honrosas, la de los monógamos, por ejemplo. Estas poridades, comunes y corrientes en la vida íntima del país, no han pasado á la historia universal, sino hasta que los historiadores franceses de la intervención las han dado á conocer. Así el general Du Barail, en su interesante libro titulado "Mes souvenirs," al recordar sus episodios de la expedición á México, emite el juicio que va á leerse:

"Mi boleta de alojamiento me condujo (en Cholula) á la casa del señor cura..... Allí, si yo no hubiese tenido otras ocupaciones, habría podido escribir una monografía completa sobre las costumbres del clero mexicano. Creo que no exageraría si pretendiese que esa conducta en nada se parece á la manera de vivir de nuestro buen clero francés.

"Había en el curato no sé cuántas mujeres, jóvenes, viejas, criollas, indias, y jamás pude desentrañar exactamente el carácter de sus funciones. En la noche las oía charlar á todas

BIBLIOTECA ALFONSO  
RUBIO RUBIO A. UNIVERSIDAD DE CHOLULA  
1911

en una recámara contigua á la mía, y de cuando en cuando, la voz del padre, en bajo profundo, dominaba en el palomar, porque aquel bravo hombre no desdeñaba mezclarse en la conversación. Yo me dormía recordando otra historia que se me había referido:

“Un capellán tenía á su servicio dos recamareras, una de veintidós años y otra de veinticuatro. Y como el obispo le hiciese observar que debía haberse contentado con una sola que tuviese la edad *canónica*,

—“Ilustrísimo señor, respondió el clérigo, yo no infrinjo la regla. Solamente que he tomado mi criada en dos volúmenes.

“Pero no eran dos volúmenes, era una biblioteca entera la que poseía el buen cura de Cholula.”

Mucho más pudiera referirse de nuestros clérigos; pero para que no se nos tache de parciales, basta la cita del escritor francés, aliado del clero mexicano.

El cura párroco de Santo Tomás tendría á lo sumo unos treinta y cuatro años; era robusto, sanguíneo y de movimientos fáciles: moreno, de pelo lacio, de frente angosta, de mirada persistente, de labios gruesos, de nariz recta y ancha.

Habitaban con él en el curato una señora como de cuarenta años de edad, jamona persistente, alta, delgada, de color rosado, de ojos ligeramente azules, de labios abultados y nariz fina, un poco remangada, y una joven á lo más de veinte años, que era el vivo retrato de la señora ya descrita, sin más diferencia que la de los años y la de tener un poco más levantada la nariz y más delgados los labios, que imprimían á su semblante cierto sello de malicia y audacia. De ambas señoras, diría Mr. de Barail, que eran la primera y la segunda edición de una misma obra.

Refiere Cerda que él y sus compañeros llegaron al zaguán de la casa del curato, que llamaron repetidas veces y que al fin abrió la puerta la señora mayor y les preguntó:

—¿Qué se les ofrece á vdes.?

—¿Está el señor cura?

—Sí; pero está rezando el oficio divino.

—Lo esperaremos, mientras concluye.

No hubo remedio, la señora condujo á la visita á la sala, en donde apenas los tres comisionados tomaban asiento, cuando se abrió la mampara que comunicaba con una alcoba en que había una cama ancha, muy limpia, y dejando adivinar la suavidad de sus colchones. La joven de veinte años entró en la sala, se dirigió á los recién llegados, les tendió su blanca mano, saludándolos afectuosamente, y se sentó en una mecedora.

—¿Esperan vdes. á Javierito? Ya no tarda; y sacando de un bolsillo de la bata una cigarrera de oro, ofreció cigarros á Cerda y á sus compañeros, encendiendo ella el suyo en el cerillo que éstos le ofrecieron.

—¿Conque vdes. son los que andan defendiendo á la patria? dijo desplegando una sonrisa que tanto tenía de burlona como de bondadosa.

—Sí, señorita, tenemos esa honra.

—Y militan vdes. á las órdenes de Nicolás Romero, el león de las montañas.

—Sí, señorita.

—¿Esa también es una grande honra!

Acaso la joven iba á soltar la risa, pero se contuvo viendo aparecer al señor cura, que avanzó lentamente, fruncido el entrecejo y arrogante la mirada. Hizo una pequeña caravana y tomó asiento.

—Mándenme vdes.

—Señor, perdóne vd. la visita, dijo Cerda; venimos de parte del Prefecto de Zitácuaro D. Crescencio Morales y de la del coronel D. Nicolás Romero, para suplicar á vd. se sirva dispensarles una palabrita.

—¿Nicolás Romero? exclamó el cura poniéndose más y más adusto. Y ¿por qué esos señores no se sirven pasar á esta su casa? se les serviría algo de comer. Pero ya que no se dignaron venir, pasen vdes. á la mesa.

—No podemos detenernos; la tropa está de marcha; ruego á vd. se sirva acompañarnos.

Al cura le relampaguearon de coraje los ojos, y con voz firme dijo á la joven:

—María Luisa, dile á tu mamá que me dé el sombrero.

La señora de la primera edición llevó el sombrero: se lo puso el clérigo y dijo:

—Vamos.

Las señoras los acompañaron hasta la puerta: mientras la de más edad estaba pálida y llorosa, la joven revelaba estar poseída de la cólera. Procuró dominarse y dijo á Cerda:

—Le recomiendo á vd. á mi hermano. Si vd. lo salva, *cuenta vd. con mi gratitud.*

Al curita (Cerda) le bailaron los ojos y ofreció bajar la luna de los cuernos.

El verdadero cura fué llevado á la presencia de Morales, quien con su voz pausada y tranquila le dijo:

—Conque vd., señor cura, ha proporcionado avisos á los traidores, librándolos de caer todos en nuestro poder?

—Si así fuera, no habría hecho más que cumplir con mi deber. De la misma manera que vdes. como soldados obedecen á sus jefes, yo cumplo con las órdenes de mis superiores.

—¿Y las consecuencias?

—Haga vd. de mí lo que quiera.

—Pues es claro, dijo aún más tranquilo Morales, y dió orden á Romero de que mandase fusilar al preso. Este, sin inmutarse, entró al centro de una escolta de diez soldados.

Entonces intervino el curita, y encarándose á los jefes,

—Señores, les dijo, nosotros no somos asesinos, y además, ya saben vdes. que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

—Dejara vd. de ser cura para ser labioso; que se lleven á ese fraile al cuartel, lo *tusen* y le pongan la *chaca*, exclamó Romero, hallando un medio de salvar al prisionero, pues que veía inflexible á Morales.

La orden fué obedecida. La fuerza emprendió su marcha de regreso, y el padre Javierito iba con su fusil al hombro. Habían caminado como una legua, cuando los alcanzó un mozo montado que llevaba una preciosa yegua ricamente ensillada. Se presentó á Morales y le suplicó que permitiese al cura ir á caballo. Morales llamó á su ayudante Jorge Wood y le ordenó que tomase el caballo del mozo, y que éste ingresara á la infantería; á Cerda le dijo:

—Que ahí traen esa yegua para el curita; remude su caballo, amigo, que ya le tocó esa chiripa.

No se hizo del rogar Cerda. Montó la yegua y registrando las cantinas tuvo la agradable sorpresa de encontrarse un *itacate* abundante, y atado en una esquina de la servilleta un papelito que decía: “Javierito mío, ya damos pasos para rescatarte. Convida del almuerzo al *chaparrito* á quien le dicen el cura.—*María Luisa.*”

Cerda se puso orgulloso con el recuerdo de la *hermana* de Javierito, y hasta le convidó á éste un poco del itacate; el resto del almuerzo fué devorado por Morales, Romero y el mismo curita.

Sin más novedad, la expedición regresó á Zitácuaro el día 20. Allí los Sres. Lic. Luis Couto, Lorenzo Rodríguez y José Colín, comisionados por el cura de Santo Tomás para conseguir su rescate, ofrecieron tres días de haber para la tropa, y quedaron de fiadores de que el padre guardaría neutralidad en lo sucesivo. Aceptadas estas condiciones, Javierito quedó en completa libertad. Al despedirse de Cerda, diciéndole “*compañerito*, que Dios le saque sano y salvo de estas *tingas*,” le deslizó en la mano un rollito de papel que contenía dos onzas de oro americanas. Por su parte, el curita ha conservado siempre vivo el recuerdo de María Luisa.

Los recursos escaseaban en Zitácuaro, no siendo bastante la recaudación de aquel Departamento para cubrir siquiera los gastos de la guardia nacional. Tal escasez estorbaba las operaciones militares. Además, por buena que fuese ya la armonía entre las fuerzas del 1º Distrito del Estado de México y las de la línea Oriente de Michoacán, como éstas se hallaban subalternadas á su propio Gobierno, residente en Uruapan, á más de sesenta leguas, faltaba la unidad en el plan ó se comprometía su éxito por la tardanza en las comunicaciones.

Para obviar este inconveniente, el general Riva Palacio solicitó y obtuvo del Cuartel General que el Departamento de Zitácuaro quedase provisionalmente anexado al 1º Distrito

del Estado de México; pero sabida la disposición, el general Salazar reclamó en nombre de la integridad del territorio de Michoacán, que se revocase aquel acuerdo, si bien por deferencia, y convencido de la necesidad de que aquellas tropas estuviesen sujetas á una sola dirección, permitió que siguiesen á las órdenes de Riva Palacio, mientras no se necesitase de ellas. Así se conjuró un conflicto que amenazaba exaltar los ánimos y que hubiera sido de fatales consecuencias.

Quedaba pendiente la cuestión de recursos. Esta se resolvía, no sin peligros ni dificultades, por medio de comisionados que hacían efectivo el cobro de los impuestos sobre la propiedad raíz, impuestos que eran de un cuarto por ciento mensual sobre fincas urbanas, y medio por ciento, también mensual, sobre las fincas rústicas. Se cobraban, además, los derechos de importación á los efectos extranjeros, por estar ocupados todos los puertos por el enemigo. En Michoacán no se ocurría en aquella época al sistema de préstamos forzosos ni á otra clase de exacciones, sino en casos de extrema necesidad, y aun entonces se abonaba una parte de los documentos que los comprobaban en el pago de las contribuciones. El Gobierno tenía establecida la recaudación por medio de comisionados de Hacienda que recorrían el país, llevando citatorios para el pago á todas las fincas rurales, aunque estuviesen situadas á orillas de las poblaciones ocupadas por el enemigo. Había hacendados que por su patriotismo ocurrían á la Comisaría general á satisfacer el impuesto íntegramente ó por abonos; mas no escasearon los remisos por egoísmo ó por ser partidarios del imperio, los cuales ponían en juego toda clase de medios para evadir el pago. De ellos, los que principalmente se resistían á contribuir, eran los dueños de fincas inmediatas á los lugares que tenían guarnición imperialista; y cuando llegaba alguna partida republicana, escoltando al comisionado de Hacienda, daban aviso inmediatamente al jefe del destacamento enemigo, no siendo pocas las ocasiones en que aquellas pequeñas fuerzas fuesen batidas y destrozadas.

De la misma manera se hacía la recaudación fiscal en el 1.<sup>o</sup> Distrito del Estado de México. De esta eficacia y actividad en el cobro de los impuestos, abonándose en ellos lo cau-

sado por préstamos forzosos para las urgentes atenciones de la guerra, ha resultado que en el reconocimiento de la deuda pública nacional aparezcan hoy muy pocas reclamaciones hechas por michoacanos.

Decíamos que había en Zitácuaro grande escasez de recursos, y aunque esto era el pan cotidiano, por aquellos días la situación se había agravado á consecuencia de los últimos acontecimientos. Era, pues, preciso enviar expediciones á verificar el cobro, y á este efecto se organizaron dos partidas, una á las órdenes de Granda, que se dirigió á las inmediaciones de Toluca, y la otra al mando de Nicolás Romero, á quien seguiremos, dando cuenta brevemente de sus operaciones.

En medio de una lluvia torrencial salió de Zitácuaro nuestro guerrillero el día 23 de Agosto, acompañado de Crescencio Morales y de Donaciano Ojeda, con un total de fuerza de cuatrocientos hombres. El 24 estaba en Irimbo, y el 25 llegaba á la hacienda de Queréndaro, á eso de las dos de la tarde.

Queréndaro, antigua hacienda de los jesuitas, es la más rica y valiosa finca de labor en el Oriente de Michoacán: dista nueve leguas de Morelia, tres de Zinapécuaro y está contigua á un pueblecito que lleva su nombre. Pertenece entonces á la familia Pimentel, de México, cuya adhesión al imperio era notoria. Tan luego como el administrador de la finca supo la aproximación de los *chinacos*, pidió auxilio al general Márquez y le fué enviada la guerrilla de Jesús González (a) el Ranchero, á la que se agregó el numeroso personal de peones perfectamente armados y municionados. El edificio, por su parte, estaba convertido en una verdadera fortaleza.

Al presentarse Romero, envió á un indígena con una comunicación al administrador de la finca, incluyendo la boleta de contribuciones y solicitando el pago. Aquel infeliz indio fué fusilado en el acto en el patio de la hacienda y colgado su cadáver á un lado del zaguán, con un letrado que decía: "Por bandido."

Indignados Romero y Morales, ordenaron el ataque, y ya lanzaban dos pequeñas columnas de infantería sobre la ha-

cienda, cuando se presentó el padre Guevara, cura del inmediato pueblecito de Queréndaro, advirtiéndole á los liberales que dentro de la hacienda había más de quinientos hombres, ocupando las alturas y detrás de todas las aspilleras. Hubiera sido exponer la tropa á una derrota segura, y en consecuencia se ordenó la retirada. Romero se limitó á enviar al alférez Tito Flores para que con seis hombres fuera á recoger el cadáver del indígena, lo que verificó entre un torrente de balas que le dirigieron de la casa. El cuerpo del desgraciado mensajero fué sepultado en el cementerio de Queréndaro. La tropa de Zitácuaro continuó en el acto su retirada; pero de repente se oyeron tiros y se echó de menos, entre los jefes, á Nicolás Romero. La angustia fué general; por fortuna duró pocos minutos, porque el guerrillero, con diez ó doce de los suyos, no tardó en aparecer arreando treinta magníficos potros que estaban en un potrero contiguo á la hacienda. Dirigiéndose al comisionado fiscal, le preguntó:

—¿De cuánto era la boleta que debía pagar Queréndaro?

—De mil pesos.

—Pues aquí tiene vd. estos caballos que valen más de dos mil. ¡A ver con quién manda vd. el recibo!

Todos acogieron con risotadas y vivas estas palabras de Nicolás Romero.

Después de este suceso, nuestro guerrillero desvió la marcha y tomó el camino de Ucareo. Serían las nueve de la noche cuando llegaron á las cercanías de aquel pueblo. Romero llamó al teniente Pascual Rubio y le dió orden de que con veinte infantes, y marchando con mucho silencio, fuese á apoderarse de la guerrilla del tuerto Espinosa; subalterno del Ranchero, que estaba allí de avanzada. Nicolás había tenido esta noticia de uno de los caballerangos que cuidaban los potros recogidos en Queréndaro.

Pascual Rubio no logró apoderarse de la partida, porque fué sentido por ella al llegar al zaguán del cuartel. No hubo más remedio que batirla; pero con tan buen éxito, que de los quince hombres que la formaban, diez quedaron muertos, y se recogieron quince caballos, quince mosquetes, dos pistolas giratorias y un rifle Sharp. De Ucareo siguió la tropa por las

haciendas de San Isidro, Los Dolores y otras que pagaron sus contribuciones, regresando nuestros guerrilleros á Zitácuaro el día 30 de Agosto con recursos pecuniarios y un rico botín de armas y caballos.

El general Riva Palacio ordenó que Nicolás Romero hiciese una nueva salida, encargándole una comisión delicada. En esta vez acompañaban al león de la montaña sus cabos Acevedo, Garza, Castillo, Solano y Limón, y además la caballería de Zitácuaro á las órdenes de Pedro Ruiz.

El general encaminó á Romero hasta cerca de Tierra Quemada, y habló larga y reservadamente con él.

Pasaba esto el día 12 de Septiembre. En la tarde llegó la fuerza á la hacienda de Ayala. Administraban la finca unos dos españoles, á quienes desde luego se pidió un día de haber para la tropa, en cuenta de contribuciones. Los *paidzanos*, atentos, serviciales y haciendo gala de afabilidad, dijeron al coronel que no tenían dinero en aquel acto, pero que pernoscata allí y antes de amanecer ya estaría de vuelta el mozo que iba á conseguirlo. Romero halló natural la respuesta y mandó alojar su tropa.

La hacienda de Ayala está situada al pie de un monte y al frente se dilata una llanura árida. La finca estaba sólidamente amurallada.

Sería la una de la mañana, cuando el capitán de vigilancia avisó que se percibía rumor de tropa. Era sin duda una fuerza enemiga que trataba de sorprender á los republicanos. El coronel dió orden de despertar á la gente y de que con el menor ruido ensillasen los caballos.

La noche estaba profundamente oscura, á causa de gruesos nubarrones que amenazaban deshacerse en lluvia.

En tanto, el grueso de los imperialistas se había posesionado de la era y de una cerca de piedra situadas frente á la hacienda. Un jinete avanzó hasta el zaguán, que estaba entreabierto, y al grito de ¿quién vive? contestó: ¡La República!

Se le dijo que avanzara, y al penetrar por el zaguán, descargó su pistola y mató al centinela; en el acto se cerró la